

Vidas para la Vida



Obispos Samuel Ruiz y Pedro Casaldáliga

Hermanas, hermanos, compañeros de esperanza, "esperanzados y esperanzadores" (Elacurria) ahora más que nunca, porque los tiempos "oficiales" no son muy buenos para el Pueblo. Aunque el Tiempo de Dios, la llegada de su Reino, continúe siendo más que bueno y urgente.

Esta circular, que continúa siendo fraterna, alcanza un círculo tan diferenciado que me obliga a abordar temas mayores, dejando en la máquina y en el corazón referencias más caseras.

La vida y sus testimonios

Nunca como hoy la Vida pasó a ser el gran paradigma de referencia de reuniones, marchas manifiestos y para la propia teología. Parece que finalmente llegamos a reconocer, como nuestro San Romero de América, que la Vida es, verdaderamente, ese máximo y

mínimo don de Dios. Se habla incluso de la "cultura de la vida" frente a la mal llamada "cultura de la muerte" (la cultura, propiamente, es siempre de la vida y para la vida). La nueva fiebre por la ecología está siendo, cada vez más, no ya una moda bucólica o una bandera minoritaria, sino una verdadera obsesión mundial por la vida en la universo.

Nuestros teólogos y comunidades vienen invocando más y más a Dios -el Dios de siempre- como el Dios de la Vida. De hecho, a lo largo de la historia de la salvación, en nuestras escrituras judeo-cristianas, El se revela como el único Señor de la Vida (Gn 2,9; 2Mac 14,46; Mat 4,17; Rm 1,16). Interviene siempre que la vida se ve amenazada, o cuando es negada (Gn 21,12; Ex 20,13; Lv 24,17; Rm 13,9). Y su Hijo, Jesús de Nazaret, nos declaró

que vino para que todos tuviésemos vida y la tuviésemos en abundancia (Jn 10,10).

Para citar algunas referencias que son más próximas sobre esta presencia persistente de la Vida en los documentos y encuentros, recuerdo: *El Evangelio de la Vida*, encíclica de Juan Pablo II; *Una esperanza viva*, lema de la Asamblea del Consejo Latinoamericano de Iglesias, reunido en Chile el año pasado; *El Evangelio en las culturas*, *Camino de Vida y Esperanza*, tema del Comia V; la *Eucaristía, Vida para la Iglesia*, tema del Congreso Eucarístico nacional que va a ser celebrado en Victoria.

Nuestro San Romero actualizaba y situaba la prédica de San Irineo, afirmando que "la gloria de Dios es que el pobre viva. La "calidad de vida" que el Primer Mundo postula no puede ser el privilegio de unos pocos. La vida de los pobres definirá siempre, en lo humano y cristiano, la opción por la Vida. En contrapartida, la muerte continúa haciendo estragos, estructurales, escandalosos, en nuestra humanidad neoliberal. Con oportuno dramatismo, el último premio Nobel de Literatura, Seamus Heaney, se considera "un soldado que huyó a la matanza". Y en un análisis acerca de la sociedad civil y la violencia, publicado por el Ibase, Isabel Carvalho suspira por "poder salir a la calle y exigir que al final valga la pena estar vivo".

Amnistía Internacional denunciaba que 32 países ejecutaron en un año a más de dos mil personas, condenadas a muerte, y que 112 estados practicaban normalmente la tortura. Ya sabemos que una quinta parte de la población mundial, malvive en condiciones de extrema pobreza, pasando materialmente hambre.

El rabino D. Goldman, hablando de los cuerpos desaparecidos durante la dictadura militar chilena, pronunciaba estas dos sentencias que nos deberían sacudir a todos, también como Iglesia, en la medida en la que todos podamos ser cómplices, al menos por amnesia: "Los muertos no dejan a nadie dormir, hasta que se sepa la verdad. No reconocer sus muertes es educar en el desprecio de la santidad de la vida humana".

Nuestra América, en las últimas déca-

das, fue bautizada como el "Continente de la muerte y de la esperanza". Nuestros Pueblos y nuestras Iglesias pasaron multitudinariamente por grandes tribulaciones. Y somos hijos/hijas de mártires, testigos de testigos. Una nube de testimonios nos precede y nos envuelve. Podríamos citarlos en una enumeración apabullante. Hay calendarios, agendas, libros colectivos o monográficos, videos, filmes, fechas conmemorativas, romarías... que recogen esa memoria -verdadera "anamnesis"- que puede y debe impedir cualquier tipo de "amnesia".

Ese martirio de nuestra América tiene, ya desde los orígenes de la evangelización en el Continente, dos peculiaridades: es un martirio por el "pobre" y por el "otro".

Entre nosotros el concepto de martirio se prolongó. Nuestros mártires son mártires por el Reino, no solamente por la estricta confesión de un artículo de la fe cristiana. Nuestros mártires no sólo dieron la sangre "por la Iglesia"; sino que la dieron también "por el Pueblo".

En su oblación por la Causa mayor del Reino, nuestros mártires son testimonios de sangre de causas específicas, nuevas en cierta medida y bien nuestras. El mundo indígena, su autonomía, sus territorios; la tierra repartida; los derechos humanos; la solidaridad; la justicia... Mártires por el Reino de la Vida, vidas dadas por la Vida. Contra todos los dioses de la muerte que nos oprimen, por el lucro, por la prepotencia, por la marginalización.

Todo esto nos muestra con una nueva luz que ser consecuente no es solamente venerar a los mártires o conseguir sus reliquias, sino imitar a los mártires y seguir sus Causas. Asumir su actitud de testigo, coherentes y radicales y hasta las últimas consecuencias. Hacer fructificar su sangre ahora, en el hoy de nuestra caminata, dar razón también histórica, además de la escatológica, de su esperanza. No esperaron y murieron en vano.

En una de sus asambleas (1976), la Asociación de Teólogos del Tercer Mundo se obligaban a "hacer del compromiso el primer acto de la Teología". El primer acto de la espiritualidad, digamos, de la misión, de la pastoral. En la exposición del Comla yo alertaba, una vez más, sobre el peligro de caer en alguna de las tres tentaciones "de moda": renunciar a la memoria, renunciar a la cruz y renunciar a la utopía o esperanza.

Olvidar a los mártires, inclusive por una *irenista* "reconciliación", es renunciar a la radicalidad con que optaron

por las grandes causas del Reino, y ceder a lo inmediato y al pragmatismo; sería realmente pecar con ese triple pecado tan de nuestros días, pos-modernos en el Primer Mundo y pos-militantes en nuestro tercer mundo.

Jon Sobrino hablando de los mártires y de las diferentes posturas hoy de la Iglesia, advierte que el factor decisivo de una u otra postura (complicidad, supuesta neutralidad, compromiso) está en "saber si la Iglesia mantiene la opción por los pobres, la denuncia de la opresión y el servicio a los oprimidos, hasta el martirio".

Vidas para la Vida

Es el tema y el lema de la Romaría de los Mártires de la "Caminhada Latinoamericana". Vidas y muertes por la Vida, las vidas y las muertes de nuestros mártires. Su testimonio, su memoria, su gloria actual nos obligan a hacer de cada una de nuestras vidas "una vida para la Vida". En el compromiso diario, personal, familiar, comunitario, político y eclesial.

Son tantos los propagados nuevos paradigmas que hoy se nos presentan, que fácilmente podemos perder de vista y de la vida el paradigma de siempre: la Vida, la vida digna, la vida para todas las personas y para todos los Pueblos; la opción liberadora por los pobres, que son vidas prohibidas. A partir de la fe cristiana, pues, la opción por el Reino.

En agosto celebraremos, en Argentina, los veinte años del martirio de **Enrique Angelelli**, obispo de La Rioja, asesinado por el ejército de la dictadura militar y cuya memoria martirial no solamente el ejército, sino también cierta Iglesia quisieron durante mucho tiempo desvanecer. En su homenaje y para nuestro compromiso, recojo aquí, como un sello de esta carta circular, tres consejos evangélicos que nuestro santo Angelelli de "tierra adentro" nos daba:

- Hay que seguir andando nomás.
- No tengan miedo de meterse en el barro.
- Con un oído en el Evangelio y otro en el Pueblo.

A todas y a todos, y a las respectivas comunidades u organismos, un abrazo bien fraterno, en el Dios de la Vida y en la Nueva Humanidad que El y nosotros soñamos.

Pedro Casaldáliga

Sao Félix do Araguaia, MT, Brasil.

Año de 1996

¡GLORIA A DIOS EN LOS CIELOS...

Nuestra vida diocesana, durante este año que termina, transcurrió impregnada del anhelo de paz que los hombres y mujeres de estas tierras chiapanecas esperan. Pero además, el peso de los acontecimientos que gravitan con fuertes repercusiones en la historia de nuestro País, hizo que éstos fueran conocidos allende nuestras fronteras. Por otra parte, de diferentes modos hemos dado a conocer de qué manera se está dando esta Pascua del Señor, este paso salvífico suyo en nuestra historia.

Podemos afirmar, mirando el conjunto de los acontecimientos, que el anuncio del ángel a María lo hemos experimentado en la búsqueda de solución pacífica al conflicto de Chiapas y México y que avizoramos la posibilidad del nacimiento de un México nuevo: el nacimiento de Cristo en nuestra presente historia.

A pesar de las fuertes tensiones con las que iniciamos el año, donde el reinicio de la guerra parecía inminente, ésta se logró detener gracias a la tarea incansable de la sociedad civil, junto a todos aquellos que, desde otras latitudes, unieron sus voces para demandar la Paz. Dios nuestro Señor acogió la voz orante, el ayuno, los sacrificios, las penitencias..., de todos aquellos quienes en su casa, en su grupo de reflexión, en la Comunidad de Base, en el Templo, en su trabajo..., se detuvieron para implorar del Dios de la Vida y de la Paz, que se reinstalara el diálogo entre las partes.

Es una providencial circunstancia que el diálogo por la Paz haya tenido como tópico el Derecho y la Cultura Indígena, pues debe de haber un acompañamiento y una asunción de las legítimas aspiraciones de los pueblos indígenas en nuestra acción pastoral.

De manera reconfortante, aunque no libre de situaciones preocupantes sobre todo en la llamada zona de conflicto, el proceso de Ministerios se afianza encaminándose hacia el surgimiento de una Iglesia Autóctona, como la contempló el Concilio Ecuménico Vaticano II sobre todo en el Documento "Ad Gentes" sobre las Misiones. La última reunión de la Conferencia Episcopal Mexicana, se detuvo minuciosamente a reflexionar sobre la Formación del Clero, el Directorio para los Diáconos, habiéndose contemplado el apoyo a la búsqueda que la Comisión Episcopal nombrada "ad hoc" hace en torno a la formación del Clero Indígena en nuestro País.

Con nuestro empeño histórico por construir un México nuevo, mensajeros de la Buena Nueva como los pastores de Belén, entonemos el cantar que los ángeles cantaron en el nacimiento de Jesús: Gloria a Dios en los Cielos... Y en la tierra a los Hombres Paz!

Obispo Samuel Ruiz García

Chiapas, México.